

## Capítulo V

## Otra Clase de Selva...



**E**stábamos perdidos en Lima. Mi padre nos recogió y nos llevó a un viejo hotel en el centro, detrás de Palacio de Gobierno, al otro lado del río Rímac, donde un puente colonial cruza la vieja Ciudad de los Virreyes, muy conocida a través de la canción *La Flor de la Canela*. El tranvía eléctrico, en ese entonces, pasaba por delante de la ventana de nuestro barato hotel. Los ruidos eran constantes y muy diferentes de aquellos de la selva. Eran las voces de los comerciantes ambulantes, vendedores de frutas, mendigos y lustradores de calzado. En sí, esto era agradable, y representaba un salto de la vida primitiva que habíamos dejado atrás. Sin embargo, todo lo que puedo recordar de esos días en Lima, son las discusiones conyugales de mis padres. Nuestros recuerdos de aquella tranquilidad doméstica en la selva amazónica, fueron un oasis para nuestras almas y espíritus, y creo que esas añoranzas nos mantuvieron juntos.

Mi amado tucán fue dado —según supongo ahora— a algún general. Me quedé sólo con los recuerdos de ese gracioso y querido

animal, con su cara maquillada de brillantes colores. Nunca debí traerlo a Lima. Espero que esté en el cielo picoteando a los ángeles. Aún ahora, lo extraño y me lamento de haberlo sacado de la selva. En ese entonces, incluso ahora, no nos dábamos cuenta, que esos pájaros pertenecían y pertenecen a la amazonia. Ahora lo sé, y espero que esos animales sean más protegidos y que permanezcan en su ambiente natural.

En Pinglo, mi tío tenía a “Pantaleón”. Sin embargo, a este guacamayo lo dejamos ahí. Pero él también traía consigo una lora —habladora— llamada “Aurora”. Debía haber sido hembra, porque era inteligente y podía hablar sin parar. Un día, durante el viaje a Pucallpa sobre el Ucayali —que ya describí anteriormente—, nos vimos sacudidos por una tormenta tan horrible, que casi naufraga la lancha “San Ramón”. Pasada la tormenta, el barco navegaba cerca a la orilla por seguridad. Allí había una gran conmoción, causada por una bandada de loros verdes y bulliciosos. Obedeciendo al llamado de la selva, Aurora escapó de las manos de mi tío y volando apenas —porque tenía las alas cortadas— se dirigió al monte para reunirse con sus congéneres. Por alguna razón no nos sentimos tristes, sólo preocupados de que ella no supiera sobrevivir en una selva que le era desconocida. Después de todo, era una lora —civilizada— que tenía ahora un buen dominio del idioma español.

*¡Cómo me habría gustado que mi tucán hubiese hecho lo mismo! Ahora, mi conciencia estaría tranquila. Pero él no era tan inteligente o hábil para volar y alejarse.*

*La crueldad con nuestros animales es la peor inhumanidad que estamos presenciando y cometiendo en estos tiempos. Tal vez, en miles de años —en el futuro— los animales, quizás serán, capaces de denunciar las atrocidades que fueron cometidas en su perjuicio, pero —por cierto— muchos habrán enmudecido a causa de su extinción.*

Con la pérdida de nuestras mascotas, nos abandonaron los últimos vestigios de la selva y tendríamos que enfrentar la cruel realidad de la vida en la ciudad, para la cual no estábamos preparados. Muchas personas —en Lima— piensan que son más civilizadas que los habitantes de otras ciudades del resto del país. *¿Qué decir entonces, de los que vienen de las profundidades de la amazonia?*

Nos trasladamos a una casa de un dormitorio. La vida era cara y mi padre tenía problemas personales y se descuidó de nosotros. Pasó el tiempo y fuimos rescatados. Mi padre aprobó sus exámenes y fue transferido a otro cuerpo de las fuerzas armadas, la Guardia Republicana, que le ofrecía un mayor rango y mejores posibilidades en su carrera militar. Entonces, fue enviado a Huaraz, una ciudad pequeña al norte de Lima, en el departamento de Ancash. El viaje duraba alrededor de un día por ómnibus. El tiempo que pasamos en Lima me trae muy pocos recuerdos buenos. Como todas las grandes ciudades, era tan ajena a la naturaleza, que sus habitantes se volvían insensibles, casi como robots. Su rutina diaria parecía no tener sentido, y aún, su lucha por la existencia era trivial. Vivir para un indígena en las tribus, tiene un significado de imposición sobre las condiciones agrestes del lugar. Cada sobreviviente representa un triunfo de la vida sobre la muerte. *Un aborigen se gana cada día de su existencia. Nada es falso en él. Se le respeta por sus habilidades para la supervivencia y se le admira por su ingenio para dominar un ambiente imposible.*

Conforme nos alejábamos de Lima a Huaraz, por vía terrestre, el escenario se volvía más imponente, al dejar el desértico paisaje. A medida que íbamos ascendiendo las tortuosas montañas, nuestro corazón se alegraba, pero luego, una sensación de vacío se sentía en el alma; las increíbles cordilleras, comenzaban a dominarnos. Otra

vez en aquellos Andes, empezamos a ver a los descendientes de los Incas, que se han convertido en un problema social que no se ha solucionado y que todavía existe. *Parecía que hubieran sido congelados en el tiempo, como si el frío de las grandes alturas, les hubiera arrebatado la vida a sus espíritus.* No hay en ellos el deseo de ser — otra vez— lo grande que algún día fueron, y superarlo. Parece que sus mentes estuvieran anestesiadas por la furia del pasado, y por el arribo de una nueva civilización. Como dijo Humboldt —y tal como ya se mencionó—, los indígenas de las regiones andinas, eran muy reservados, encerrados en sí mismos, desconfiados de todos e indiferentes hacia su futuro.

Llegamos a Huaraz de noche. Hacía mucho frío y nos pusimos ropa gruesa. La ciudad tenía su propio encanto y había una plaza con palmeras, a pesar de estar en la sierra. La torre de la catedral tenía un gran reloj que anunciaba con campanadas cada hora del día.

Uno de los picos más altos de Sudamérica, el nevado Huascarán, **con** sus elevadas cumbres cubiertas de perpetua nieve, estaba siempre presente y podía ser visto desde cualquier punto de la ciudad.

El tiempo que pasamos en Huaraz, me trae buenos recuerdos, porque hubo tranquilidad doméstica. Ahí aprendí a jugar ajedrez, con unas piezas hechas a mano por mi padre y con la ayuda de unos presos políticos que estaban bajo su custodia. Mi padre iba a cazar patos en las numerosas lagunas —altas y azules—, que rodean la ciudad, adonde muchas veces él me llevaba.

Las subyacencia de la discriminación racial, tal vez, puede ser descrita retrotrayendo mi niñez. Comencé a darme cuenta de las desigualdades sociales de mi país, cuando asistía a una escuela que



*Uno de los picos más altos de Sudamérica “El Huascarán”; con sus aserradas cumbres cubiertas de nieve perpetua.*

no tenía alumnos indígenas. Noté, que las personas llamadas educadas, eran de piel más clara y provenían de familias vinculadas con el Gobierno, no calificadas de indios o mestizos, sino consideradas —simplemente— como miembros de una clase indeterminada, como si se sintieran descendientes de europeos ¡que escasamente los habían!

Pero aquellos que tenían la piel un poco más oscura, características faciales indias más definidas, menos educación, y no trabajaban en la burocracia, eran llamados indios o mestizos; lo que constituía una ruina moral. Y así siguen condenados al ostracismo, la discriminación y son explotados por aquellos mismos que son sus

hermanos. En Estados Unidos, las personas de todas estas clases sociales —de muy poca diferencia en el color de su piel— serían consideradas virtualmente iguales y denominadas “latinos” o “hispanos”, aunque éstos no tienen nada que hacer con lo latino, muy poco con lo hispano, pero más con la raza indígena.

Recuerdo que en esta escuela había un niño de pura raza india, que estudiaba en nuestra clase. Acostumbraba llegar a caballo y calzaba ojotas en lugar de zapatos. Era inteligente y estudioso, y todos lo mirábamos despectivamente. Nosotros le seguíamos los pasos y estábamos asombrados de que pudiera hacer lo mismo que nosotros hacíamos. Aun yo estaba involucrado y contribuía en esa diferencia social, pero creo que en esos días no me daba cuenta de semejante realidad.

Los residentes de Huaraz viven en un terror permanente, porque en 1940, un aluvión borró del mapa la mitad de la ciudad. En vista de que las ciudades y poblados están justamente debajo y al pie de las majestuosas cordilleras, con picos nevados, en cuyas alturas se forman grandes lagos, y la posibilidad de desastres naturales está siempre en la mente de sus pobladores. “El aluvión, llamado huaico en el Perú, es una avalancha de peñas, tan grandes como casas, lodo, inmensos trozos de nieve y agua, precipitándose furiosamente por las laderas de las altas cordilleras a velocidades devastadoras; destrozando y sepultando en su trayecto todo lo que encuentre en su camino. Ciudades completas pueden desaparecer en pocos momentos sin que la gente tenga tiempo para escapar a sitios altos o seguros”. El río Santa había crecido a causa de las pesadas lluvias, la gente estaba preocupada por la posibilidad de un nuevo aluvión. Efectivamente, en una noche como cualquiera, todos se fueron a dormir, pero horas después un sonido ensordecedor se

escuchó y las gentes comenzaron a correr llenos de pavor por las calles gritando: ¡Aluvión! ¡aluvión! Nosotros nos levantamos, cogimos rápidamente alguna ropa, y corrimos junto con todos los espantados vecinos hacia las alturas. Una vez allí, en la oscuridad, escuchábamos el estruendoso ruido del río Santa y nos imaginábamos a la ciudad arrasada y sepultada por la avalancha. Mi padre nos mandó a un sitio seguro en las alturas junto con miles de personas, y corrí rápidamente a ver a sus hombres en el cuartel. En medio de esa fría y lluviosa noche ¡le dijimos adiós!, como si no fuéramos a verlo más.

Esa noche, dormimos en los altos cerros. Cuando llegó la mañana, nos alegramos de ver la catedral en pie y la ciudad intacta. La alarma se produjo por el exceso de agua que rebalsó de un pequeño lago alto, pero que no trajo mayores consecuencias. Empero, esa era la angustia de las personas que vivían en este lugar. La avalancha que tanto se temía, ocurrió efectivamente el 31 de mayo de 1970, donde alrededor de 70 000 personas murieron a lo largo del Callejón de Huaylas, y varias ciudades y aldeas fueron sepultadas.

A pesar del riesgo de desastres naturales, la tranquilidad de la ciudad y de nuestra familia estará siempre en mi corazón. Nuestro pasatiempo dominical favorito era ir al cine. Fue ahí donde aprendí más acerca del gran país del Norte, donde vivían Flash Gordon, Gene Autry, Roy Rogers y muchas luminarias de Hollywood. Era un lugar tan distante como la luna y yo como tantos otros, podíamos percibir a los Estados Unidos a través de la fantasía del celuloide.

Después de un año, tuvimos que regresar a Lima, donde el espíritu de la gente siempre me ha dejado en un estado de confusión. Una vez más, la angustia de dejar amigos y los recuerdos de

aquel majestuoso Huascarán, me dejaron en un estado de aún más permanente tristeza y melancolía en mi espíritu.

Nuevamente estábamos perdidos en la gran Lima. Otra vez éramos “nadie” en la gran metrópoli, observando el omnipresente escalamiento social que nos rodeaba. La gente ganaba “status” luciendo la última moda. Las clases sociales estaban bien demarcadas: los limeños y los demás. Los indios y mestizos casi no eran aceptados, especialmente si provenían del interior del país o de las alturas de los Andes, entonces, estos “inmigrantes” debían transformarse inmediatamente en limeños —negando su origen— y adquirir las costumbres y la superficialidad de los capitalinos tan pronto como se daban cuenta de que eran diferentes, porque la gente los identificaba con inusitada rapidez. En Lima, todos pretendían ser de la ciudad. Incluso, mi padre —creo— alteró mi certificado de nacimiento, de modo que yo ya no fuera del Cuzco, sino de la capital. Se notó ¡ipso facto! el respeto de los demás y los comentarios discriminatorios hacia mi persona desaparecieron. Esa actitud es muy común en Latinoamérica. Muchos pretenden ser de las grandes ciudades, sin serlo. Tal actitud es un remanente de la mentalidad colonial.

Como un “nativo” de Lima, iba a la escuela, en medio del tráfico y humo de los viejos carros y siempre alerta de los pequeños robos callejeros. Salimos de los traicioneros elementos de la naturaleza, y ahora debíamos luchar por nuestra supervivencia en otra clase de selva.

Mi padre fue nuevamente destacado. Esta vez a Puno, ciudad ubicada en las alturas del sur del Perú. Aquí se halla el lago más alto del mundo: el Titicaca, a una altitud de 12 506 pies. El aire es tan escaso en oxígeno que aun las ranas necesitan de más piel para res-

pirar y eso las hace más feas, como lo describió Jacques Cousteau, que las estudió en las profundidades del lago.

En el intermedio del viaje a Puno, visitamos a la familia de mi padre en Arequipa, la bella ciudad colonial donde él había nacido. Allí recogimos a dos de mis primos, niños de mi misma edad, para ayudar económicamente a sus padres. Todos viajamos por tren a Puno, en lo que debe haber sido, segunda o tercera clase, porque entre los pasajeros habían gallinas y puercos.

El viaje nocturno por tren a Puno fue arduo, frío y lento. Continuamente estábamos subiendo a las alturas y el aire se hacía más enrarecido. El paisaje presentaba una vasta soledad, con vegetación pobre y esparcida. A ratos veíamos animales huyendo del ruido de la locomotora a vapor. La vista era tan serena que solamente podíamos pensar en la infinidad en esas altas y desoladas mesetas, donde una multitud de graciosas vicuñas, llamas y alpacas corrían a lo lejos.

El tren estaba lleno de aimaras, descendientes de la gran civilización del Tiahuanaco. Se dice que el Imperio de los Incas comenzó ahí, cuando Manco Cápac y Mama Ocllo salieron del lago Titicaca y fundaron este gran imperio. Allí también mascaban la coca y bebían alcohol. *En este lugar se endurece el espíritu, como una roca que nadie puede horadar, y el futuro es sombrío.* Muchas gentes han permanecido inmutables, como he podido verlo en todos los viajes que he hecho durante cuarenta años. Los únicos cambios visibles que he apreciado en esa región son, que hoy hay menos vicuñas y más gente en condiciones invariables.

Mi padre, nuevamente fue enviado a un lugar más lejano, al pequeño pueblo de Yunguyo, en la frontera con Bolivia, al lado del Lago Titicaca. El deseo de estar cerca a la naturaleza, ha estado

siempre presente en mí. En este lugar fuimos a nadar en el claro lago, pero el agua era tan fría que nadie podía permanecer mucho rato y buscamos un lugar más templado. Mi tío, otros muchachos y yo, solíamos ir a una piscina abandonada, donde teníamos que retirar las algas y sacar las ranas antes de que pudiéramos nadar. ¡Qué aguas tan limpias!, teníamos más diversión sacando las ranas y nadando en esas aguas verdes, sin filtrar, que en una elegante y moderna piscina. *Los animales son una parte importante de nuestra vida, y no tenerlos, es como tener una familia sin hijos.*

Puno trae a mi mente, memorias mayormente relacionadas con los indígenas y mi desarrollo como estudiante. Íbamos a la única escuela secundaria llamada San Carlos, donde la enseñanza era severa. La escuela tenía la reputación de que cualquier estudiante que terminara en ella, no necesitaría ir a la Universidad. Tal vez se decía eso, porque no la había en la ciudad y la más cercana quedaba tan lejos que se necesitaba viajar un día por tren.

En esa escuela había un profesor de música, que era como muchos otros, temido por los estudiantes, especialmente por cualquiera que fuera completamente indio, mestizo o muy oscuro. Él era inmisericorde y —prácticamente— entraba a la clase, identificaba a un indio, se acercaba a su carpeta, lo agarraba de las orejas y lo botaba; ¡y peor aún si no podía cantar! En esos tiempos, los profesores eran “dictadores supremos” y su objetivo era desaprobarnos a todo el estudiantado. Este profesor de música, a quien apodábamos “perro”, era alto, delgado y blanco como la leche. Se parecía a Paganini, el gran violinista. Años después, todos lo recordamos todavía.

En la misma escuela habían otros profesores que eran bondadosos, pero los alumnos eran despiadados con ellos. En situaciones

como ésas, era donde aprendíamos que uno tenía que idear su propia protección, de otro modo, alguien le sacaba ventaja. Esa es, probablemente la razón por la que en algunos países de América Latina surgen dictadores como presidentes, porque en el momento en que un gobernante baja la guardia, algún vivo lo destronará. Los estudiantes tenían la misma mentalidad, adquirida a través de siglos de abusos. Poseer sangre mezclada, les daba cierta ventaja y es por eso que los estudiantes de pura sangre india, siempre salían perdiendo. *Esto sucedía muchos años atrás, pero las cosas no han cambiado significativamente.*

En la ciudad de Puno, mi tío y yo estuvimos aprendiendo a vivir por nuestra cuenta. Mientras estábamos en la escuela, muy distante de Yunguyo, habitábamos un cuarto pequeño y teníamos que atender nuestras propias necesidades, incluyendo cocinar y lavar nuestras ropas. No teníamos apoderados ni tutores, por lo que nos fuimos volviendo independientes y responsables.

La escuela era tan dura, que una vez —cuando llevábamos un curso muy difícil y llegó el momento del examen— nos volvimos “convenientemente religiosos”. Pensamos que el estudio no nos ayudaría mucho, así que hicimos un peregrinaje de medio día para visitar a la Virgen de Cancharani (una imagen de la Virgen María estampada en una piedra, después que un rayo carbonizó la superficie). Se suponía, y la gente creía, que esa roca grabada en forma natural, podía hacer milagros. Una vez allí, pasamos un rato descansando y rezándole a la Virgen. Después de un penoso viaje de regreso, sin desayunar ni almorzar, llegamos a Puno en la tarde y fuimos a la escuela para dar el examen, confiando en que la Virgen nos ayudaría en esa difícil prueba. Uno podrá imaginarse el resultado, ¡nos desaprobamos! *Esa fue la clase de experiencia que obtenía*

*mientras crecía. ¡Aprender por mí mismo!* Después de este incidente, me di cuenta que habría sido mejor haber estudiado. ¡Sin ofender a la Virgen!, pero mi fe no terminaría allí; desde ese entonces, rezaba antes de la prueba, pero después de haber estudiado para el examen.

De Puno, mi padre fue transferido a Tacna, la ciudad más sureña del Perú, cercana al mar y en la frontera con Chile. ¡Otro adiós! ¡Esta vez a Puno! No recuerdo haber tenido mucho pesar de dejar esta fría ciudad con tan pocos animales a mi alrededor y tan escasos eventos gratos de qué despedirme, excepto su bello lago.

En Puno fue la última vez que yo estaría en medio de una población —casi— puramente indígena. De allí en adelante, mis contactos serían con personas de las llamadas clases “alta” y “media” porque estaba avanzando en la escuela y estudiaba con ellos. Los indígenas, generalmente, se quedaban en el nivel de la escuela primaria.